1º P. Felix - Conferencias en Tolosa año de 1872

2º Caminero. Los Orígenes del Cristianismo

3º Vinader. La Iglesia respecto de la Usura

4º La Guerra de Oriente ó la Cuestión de Bizancio

5º El Liberalismo Católico y sus periódicos

Pastoral del Obispo de Montreal

6º Carbonero y Sol - Los Bailes.

7º Nocedal (D. Cándido) Discurso en la Academia

8º Fr. Ceferino. La Inmortalidad del alma.

9 Id. Pastoral de Fr. Ceferino

10. Una Consulta Sencilla sobre el lujo
11. La caída de S. Ignacio
12. Oración Fúnebre de García Moreno
13. Pidal y Mon - Discurso en defensa de los Fueros
14. Martín (Eugenio) El Papa Alejandro VII.
15. Lasserbe - Las serpientes
16. Franrobla - La herencia simia del hombre

LOS BAILES.

NOTABLE TRABAJO PUBLICADO

POR EL SEÑOR

Don Leon Carbonero y Sol,

EN LA EXCELENTE REVISTA CATÓLICA

«LA CRUZ.»

SANTIAGO:
Imprenta de José M.ª Paredes,
Virgen de la Cerca 12.

1877

M. 15416
R. 15478

LOS BAILES.

El baile es una diversion honesta y lícita en si misma; pero está mas expuesta que ninguna otra á degenerar en culpable y peligrosa. Aunque algunos moralistas reprueban siempre el baile, la mayor parte le consideran como un recreo lícito. Cayetano y el P. Fellineci aducen la autoridad de doctores muy graves, que afirman que *Choreæ secumdum se non sunt malæ nec actus libidinis, sed lætiticiæ. (In Med. Theolog. Mor.*, lib. III, tit. IV, cap. I.)

No seguimos nosotros la opinion de los moralistas rígidos, que siempre condenan el baile, ni mucho menos aprobaremos la conducta de los que concurren á esos saraos modernos, donde el baile no es un ejercicio honesto ni expresion de una alegria pura, sino excitacion de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y soberbia de

la vida. El P. Rosignoli, Jesuita, en su libro *La Recreàzione regolate*, dice que los bailes no solo pueden estar exentos de vicio, sino ser hasta adornos de virtud; como cuando, celebràndose con la modestia y recato dignos del cristiano, se limitan à comunicar al cuerpo los movimientos de la santa alegria de que està poseida el alma.

En este concepto, y solo en este sentido, alaban los Santos Padres las danzas del Real Profeta ante el Arca santa. *David saltavit totis viribus ante Dominum* (II Reg., VI, 14.)

San Ambrosio, en el lib. VI, epist. 50, consagra expresivas alabanzas á las explosiones de alegria del Real Profeta, llamando á su baile *gloriosa sapientiæ saltatio*; y San Gregorio el Grande, (lib. XXVII, Mor., cap. XXVI) considera mas meritorias las danzas de David que las victorias que alcanzó. *Ego David plus saltantem stupeo quam puguantem*: porque, como dice el mismo Santo, peleando venció à sus enemigos, bailando se venció à sí mismo. Dios mismo manifestó cuán aceptables le eran estos homenajes del Santo Rey con el castigo que lanzó sobre los que le escarnecian, calificando sus santas danzas de indignas de su real persona.

Las danzas y los bailes honestos y moderados, inspirados por la alegria religiosa de

los triunfos sobre los enemigos de Dios ó por los beneficios que la divina Providencia dispensaba à los pueblos y á las familias, eran muy frecuentes en el Antiguo Testamento.

En los primeros libros de la Biblia se hace mencion de las danzas pùblicas que se celebraban.

1.° En las marchas triunfantes de los guerreros y de los Reyes. (Jueces, XIII, 14.)

2.° En las fiestas públicas, (Exod., XV, 20.—Judith, XV, 15; XVI, 24.)

3.° En las procesiones religiosas y solemnidades santas (Reyes. VI, 5.—Exod., XXXII, 19.—Reyes, XVIII, 26.)

Con danzas públicas celebró el pueblo de Israel el paso del mar Rojo y la destruccion del ejército de Faraon, entonando con este motivo aquel himno triunfal de gloria: *Cantemus Domino* (Exod., XV, 1); himno que tocando y cantando dirigió Maria, hermana de Moisés, para que bailàran los jóvenes israelitas de ambos sexos. Con danzas públicas, al compás de músicas armoniosas y coros de escogidas voces, distribuidos en grupos y cantando el himno de gracias: *Cantate Domino, in cymbalis* (Judith, XVI, 2), celebraron Judith y los ciudadanos de Betulia la victoria que aquella heroina obtuvo sobre Holofernes.

La Ley de Gracia, aceptando ó tolerando al

ménos estas pràcticas de la Ley Antigua, no condena los bailes honestos como un medio de que el cuerpo participe de los movimientos expansivos del alma; y léjos de prohibirlos, los autorizó en sus solemnidades religiosas. La relajacion de las costumbres hizo despues necesaria su prohibicion, y por eso vemos que el tercer Concilio de Toledo (càn 3) prohibió los bailes á las puertas de los templos, so protexto de honrar á los Santos.

En la catedral de Sevilla se conserva hoy un recuerdo de lo que fueron las danzas de los hebreos. Los coros de niños vestidos à usanza del siglo XVI, con sombrero puesto y tocando castañuelas, bailan en la capilla mayor de la catedral ante el Santísimo Sacramento, en las octavas del Corpus y de la Concepcion Inmaculada.

Esta danza, por la gravedad de sus gracias y movimientos es muy parecida à la descripcion que de los primitivos bailes de los israelitas y de los orientales hace Scholdz en su obra *Arqueolojía biblica* (Bonn. 1834, página 431.)

Los bailes, considerados en si mismos, no son perniciosos ni vituperables: lo son porque la malicia los ha desnaturalizado, convirtiendo en daño del alma lo que debió ser medio de sostener y manifestar sus puras alegrías,

y dando, por consiguiente ocasion à acciones hasta criminales. Asi sucedió con Herodes, que, arrebatados por los movimientos de Herodias, la dió en premio la cabeza del Bautista, verificándose despues en él y en el término horrible de su vida estas predicciones de las Sagradas Letras sobre los que abusan de la sencillez de los bailes: *Cum saltatrice ne assiduus sis, ne forte pereas in efficacia illius.* (*Eccl.*, cap. IX, vers. 4.) *Pro eo quod plausisti manu, et percusisti pede et gravisa est toto affectu; idcirco extendam manum meam super te, et tradam te in direptione.* (Ezequiel, capítulo XXV, vers. 6.)

Estos mismos presagios y amenazas se realizaron en Enrique VIII de Inglaterra, que, seducido por los movimientos lascivos de Ana Bolena en un baile, encendió su corazon un amor criminal y le arrastró al deseo de romper el vínculo del matrimonio, á desdeñar à su mujer legítima, à desobedecer á la Santa Sede, que se oponia al criminal enlace que queria contraer, concluyendo por caer en la apostasia y arrastrando tras de si à su córte y à su pueblo. Asi lo afirma el historiador Nicolàs Sandero, citado por Rossignoli *Delle recreazione* (pàg. 85): *In saltandi et pedibus ludendi peritia colludere et simul cum reye saltare nunquan a sua modestia alienum*

judicavit (Lib. I. *De Schimot. Ang).* Estos y otros muchos ejemplos justifican la razon con que San Efren decia: *Fideles Christi tamquam apostatæ Dei in perditionem suam saltant in chorœeis.*

Bien comprendió los peligros del baile Balaan cuando aconsejó al rey de los moabitas enviára coros de mujeres bien vestidas, que cantando y bailando ante el pueblo de Dios que por allí transitaba, le hicieran pecar, como en efecto pecó, llegando hasta hacerse idólatra.

Los mismos Santos Padres, que tantas alabanzas dieron à las danzas que el pueblo israelita consagró en accion de gracias al Todopoderoso, levantan su voz contra los peligros de los bailes inspirados por la vanidad, por el deleite sensual ó por un vano pasatiempo, sin consideracion á Dios ni à la Religion que profesamos. San Ambrosio, tan dulcísimo en todas sus obras, que es llamado la abeja de los Santos Padres, saca su aguijon contra las danzas disolutas y peligrosas, y en su libro v, *virg.* San Basilio el Grande, en su *Homilia* 15 *De var. arg.* dice: «Jóvenes de ambos sexos y personas de toda edad se reunen para recrearse con cánticos y danzas, entregando su alma al demonio, se hieren mútuamente con los dardos de la concupiscencia, con risas

inmoderadas, con cantares livianos, con gestos lisonjeros, y provocan la mútua sensualidad. ¿Como reis y os entregais á una loca alegría los que debeis llorar vuestros pecados y delitos? ¿Como os divertís con canciones profanas cuando debeis bendecir á Dios con himnos y salmos? Con desvergonzada impudencia moveis manos y pies y dais saltos y os entregais á la molicie de las danzas, en tanto que debeis doblar vuestras rodillas ante Dios. ¿Por quién debo llorar mas: por las vírgenes ó por las casadas? Aquellas salen del baile con el candor virginal marchito; éstas, con la fé conyugal quebrantada; y si acaso sacan el cuerpo ileso, en el alma han recibido heridas profundas.» No son menores los peligros que arrostran los varones, ni menores tampoco los males á que se expouen, segun el mismo San Basilio, San Crisóstomo en la *Homilia de David y Saul*, dice: «Si una mujer, aunque no esté bien vestida y adornada, mirada atentamente en la calle ó en una plaza, con sus ojos fascina frecuentemente al que la mira, ¿como podràn librarse de malos deseos, como creerán poder no caer en culpa aquellos que intencionalmente acuden allí donde se reunen tantas mujeres haciendo alarde de su pompa y de su lujo, con el semblante pintado, lleno de adornos lison-

jeros, que excitan la llama de la concupiscencia...?»

No han sido solamente los Santos Padres los que han clamado contra los bailes; tambien han combatido tan criminales incentivos los escritores profanos, y hasta los mismos paganos. Los romanos reprobaban hasta tal punto las danzas, que ninguno bailaba, á no ser que estuviera ébrio, de donde tuvo origen aquel adagio: *Nemo saltat nisi ebrius.* Ciceron, en su Oracion *pro Murena*, dice: *Nemo fere saltatsobrius nisi forte in sanit;* y en la filípica y acusacion de Antonio se burla de él diciendo que con movimientos desordenados se deleitaba en los bailes: *Indulxerit saltationibus.*

Debe hacerse una excepcion de las solemnidades religiosas de los romanos, en las que las damas mas ilustres acostumbraban à bailar, segun refiere Horacio hablando de las mujeres. Sérvio, comentando la égloga 5.ª de Virgilio, justifica el uso de la danza cuando dice: *Ut in religionibus saltaretur hoec ratio est quod nullam majores nostri partem corporis esse voluerunt quæ non sentiret religionem nam cautus ad animam, saltatio ab mobilitatem corporis pertinet.*

El cardenal Belarmino, despues de citar al orador romano, dice: «Avergonzaos ¡oh cris-

tianos! avergonzaos al ser acriminados de esta manera por un gentil, que con sola la luz natural, sin el rayo de la fé, supo enseñar que los bailes son efectos de la intemperancia ébria y de la demencia. Avergonzaos vosotros que, siendo hijos de Dios, iluminados con tantas luces sobrenaturales, os entregais hasta en los dias màs sagrados á tales locuras». El mismo Cardenal (*Con. 6. Dominica III de Adventu*) se expresa así: «Decís que no es un mal grave el que bailen hombres y mujeres, y que no hay peligro en esta diversion: pero ¿creeis que puede echarse paja al fuego y no encenderse? ¿Creeis que un jóven puede bailar con una mujer sin abrasarse?

D. Alonso el Sábio, hablando de los bailes, dice: *Hoc solum inter stultum et saltatorem interesse quod illius stultitia sit perpetua in vita, hujus autem sit temporalis.* «Entre el necio y el bailarin no hay mas diferencia que la necedad del primero es perpétua y la del segundo temporal.

Los partidarios del baile; los espíritus que viven mas para el mundo que para Dios; los que ó por hipocresia ú otras causas quieren dar á todas sus acciones un tinte falso de su honestidad, aducen, para cohonestar su conducta, el ejemplo de algunos varones insignes

en virtud, que no rehusaron asistir á los bailes. San Francisco de Borja, dicen, despues de su conversion y cuando ya era conocido en la córte con el nombre de Príncipe santo, asistió á un baile dado por Cárlos V. La insigne matrona de Milan, modelo de damas cristianas, Cornelia Lupignani asistia tambien á los bailes. San Luis Gonzaga concurrió á uno á que asistió la flor de las damas y caballeros de la córte. Santa Isabel, reina de Hungría, bailó en uno de los muchos bailes que se dieron en el palacio de su padre. Todas estas citas son exactas, dice Rosignoli; pero no son completas. Hay verdad en el hecho, pero hay empeño en pasar en silencio los accidentes y las circunstancias tan notables, que plugiese á Dios que todos fueran imitadores de su conducta.

San Francisco de Borja, obligado por la ley del respeto al emperador Cárlos V, asistió á un baile, pero llevando debajo de su traje de cortesano el cilicio de penitencia, que le preservára de los incentivos de la concupiscencia. Al baile concurrió, y en el tomó parte Cornelia, pero llevando dentro del calzado instrumentos de mortificacion que le recordáran la pasion de Nuestro Señor Jesucristo. A otro baile asistió San Luis Gonzaga, pero en el baile permaneció con los ojos fijos en la

tierra, sin mirar á mujer alguna, por cuya razon y desde cuya época fué llamado por los mundanos enemigo de las mujeres. En un baile estuvo Santa Isabel, reina de Hungría, y excitada por sus padres á tomar parte, se levantó, hizo un ligero movimiento, y volvió con presteza á su asiento. Instada nuevamente para que siguiera, contestó: «Con un movimiento he dado gusto á los que siguen el mundo; el amor á Jesucristo no me permite más.»

Que cuantos defienden los bailes y asisten á ellos midan sus fuerzas, examinen su conciencia y vean si van con el espíritu y con las armas defensivas que los Santos que citan, y en verdad que en este caso se les podrá aplicar el siguiente texto de San Ambrosio. (Libro VI, *in Luc.*, cap. VII): *Est honesta saltatio qua tripudiat animus et corpus bonis opera elevatur.* De proceder de otro modo, tengan presente lo que dice San Agustin: «Mas vale ser quemado por los perseguidores, que asistir á los bailes.» (Lib. III *Contra Parm.* cap. últ.)

No fué el capricho, ni el devaneo, ni el afan de lucir, ni la soberbia, ni el deleite, ni la sensualidad, lo que llevó á los bailes á aquellas almas privilegiadas: fué el respeto, fué la necesidad ó la obediencia. No buscaron

el peligro, y por lo mismo, aunque se vieron en lugar de peligro, Dios las sacó á salvo, porque prometida tiene su asistencia á los que huyen del peligro, á los que no le buscan, así como amenaza con la perdicion á los que al peligro se entregan. Hé aquí dos ejemplos, tomados de las Sagradas Letras: Judith penetró en el ejército licencioso de Holofernes y salió incólume, porque no fue movida por el deseo de mirar y ser mirada, fué por el deseo entusiasta y santo de la libertad de su pàtria. (Judith, xv.) Dina, por el contrario, se expuso á un peligro mucho menor cuando anhelando ver á las mujeres extranjeras, salió de su campo, al que no volvió sino despues de haber sido violada. (*Génesis*, XXXIV. 1.)

Los moralistas que consideran lícitos los bailes exigen, sin embargo, tantas y tales condiciones, que es muy difícil que la fragilidad humana pueda observarlas todas, para no hacerse reo de culpa, ó para no exponerse al inminente peligro de incurrir en pecado.

Estas condiciones son: Primera. Que no se baile ni asista á los bailes con mala intencion. Segunda. Que no haya peligro de excitar en sí ó en otros afectos impuros. Tercera. Que no haya ocasion de dirigir miradas deshonestas, tactos libidinosos ó concupiscibles, ó palabras amorosas, y, por último, que no se abu-

se ni del lugar ni del tiempo, ya bailando en las puertas de los templos, ya durante los oficios divinos, ya en Cuaresma ó dias consagrados á la abstinencia, ya en dias festivos segun algunos autores mas rígidos; pero es comun opinion que bien pueden celebrarse en domingo, donde haya esta costumbre. Asi consta del *Analecta Juris Pontificii*. Diciembre 1865, página 1.847. La prohibicion que algunos Concilios decretaron contra los bailes on dias festivos, se limita únicamente á las horas de las funciones y actos religiosos, esto es, durante la Misa, los Oficios, vísperas, Rosario, etc. Asi aparece de los últimos Concilios; de Reims, 1583, de Tours, de Bourges, de Aix, de Aquilea, de Milan, de Burdeos y de otros.

Pero aunque los bailes sean una recreacion lícita, siempre que concurran esas circunstancias, lo es solamente para los legos, pero no para los eclesiásticos, á quienes multitud de disposiciones canónicas prohiben expresamente concurran á semejantes funciones. Así consta de los cánones del tercer Concilio de Toledo, 53 y 54 del Concilio de Laodicea; del 39 del de Agda; del Concilio in Trullo, cánon 62; del 38 del de París, año 829; del primero de Milan, donde se lee: «Ne aures et oculi sacris officiis adicti, lubricis et impu-

ris actionibus, sermonibusque distracti policiantur;» del noveno de Maguncia, que establece: «Choreas spectatulaque et convivia publica vitent (clerici) ne ob luxum petulantiamque eorum, nomen ecclesiasticum, male audiat.»

Benedicto XIV, en su Institucion 76, número 8, dice: «Licet canones super choreis nihil statuissent, quis rationis ipsius naturalis lumine non intelligat, gravissimam populo offensionem præberi, dum sacerdotes et parochi saltationibus indulgent? Quam fructum (prosigue) sacerdos aut parochus ferre queat, dum choreas, quibus ipsemet indulxerunt, improbare contendant!»

El Concilio de Trento (sess. 22 de Ref., capítulo I, y sess. 24, cap. XII) prohibe á los clérigos concurran á los bailes.

Las Sinodales de todas las diócesis de España están basadas en las anteriores disposiciones canónicas.

En aquellos pueblos donde, aúnque poco se conservan las costumbres patriarcales de nuestros mayores; donde la civilizacion moderna no ha viciado la sencillez de las danzas; allí donde estas son ejercicios honestos, ajenos á todo incentivo de liviandad, y un recreo hasta necesario para la vida social: allí donde diseminados en las fatigas del campo hombres y mu-

jeres, solo tienen un dia à la semana para conocerse y tratarse con trato cristiano, allí consideramos útiles, ó por lo ménos, indiferentes, los bailes, y á ellos bien puede concurrir el cura párroco, que, como padre de aquella gran familia, con su presencia impone respeto, evita las acciones y el lenguaje indecoroso, y vela por la inocencia de los fieles, gozándose con ellos en sus honestas recreaciones.

¡Qué contraste forman con estas danzas sencillas los bailes modernos de nuestros salones!

En aquellas toda es sencillez, pureza, decoro, respeto, inocencia y alegría. En estos todo es liviandad, estímulo á la prevaricacion y hasta libertinaje escandaloso.

En los bailes públicos y sencillos populares se fomentan los matrimonios; en los de los salones se deshacen ó se dificultan, ya contribuyendo á relaciones reprobadas, ya desconfiando de la doncella que sin temor y àun con placer se echa en manos de un hombre, á veces desconocido, que estrecha su cintura, aprieta su mano, y como en ciertas danzas modernas se permiten otras libertades que nadie autorizaria en cualquiera otra ocasion que no fuera un baile.

Citemos un caso práctico. Una señora conocida por la rígida educacion que daba á su

hija, concurrió con ella á un baile de salon. Invitó á bailar á ésta un jóven elegante, que, dándola el brazo, la condujo á la pieza inmediata. Allí estaban bailando una *polka íntima*, y al verlo, un caballero que tenia noticia de la rígida educacion de aquella señorita, se dirigió á su madre, y la dijo:

—Perdone V., señora. Acabo de ver á su hija en brazos de un hombre que la estrecha la cintura y la mano.—La madre, llena de asombro, exclamó:—Caballero, eso es una calumnia: eso es imposible.—Pues si es imposible, venga V. conmigo y lo verá.—La señora se levantó, y condudida por el caballero á la pieza inmediata donde la jóven bailaba la *polka íntima* abrazada á su pareja, la dijo:—¿Es imposible? ¿Es calumnia? La madre, sonriendo, y hasta con cierto placer, contestó:—¡Es bailando ..!

Es decir, que allí donde el lujo de los trajes, el brillo de las luces, el ardor de la atmósfera, el perfume de las flores y las armonías de la música son por sí solos estímulos poderosos para excitar y encender la sensibilidad esquisita de la mujer, es ménos peligroso abrazarse, apretarse y estrecharse, que otra accion cualquiera que, aunque no ilícita, puede ser de gran confianza, y que sin em-

bargo no se toleraria en ninguna casa decente.

Las jóvenes que se llaman cristianas, polkan y walsan, y bailando la polka, la mazurka, la redowa, el schotis y otras danzas modernas se lanzan á los brazos y á los pechos palpitantes de jóvenes embriagados; y la jóven mas pura se entrega á ser abrazada por un oficial de húsares, por un estudiante, por un jóven atrevido, ó por el primero que se presenta, aunque nunca le haya visto. Las madres aplauden, y ya hay reuniones en que no se bailan mas que esas danzas modernas, que yo considero como verdaderos actos de prostitucion.

Tal es la calificacion que de los bailes modernos hace un hombre de mundo, el vizconde de Saint-Laurent, en su opúsculo sobre los bailes modernos, impreso en Paris en 1856.

No, no hay exageracion en este juicio: M. de Goncourt, que no es un *neo-católico* en su *Historia de la sociedad de Francia*, hablando del wals introducido por las impurezas del Directorio, dice: «Esas danzantes sin velo necesitan de un baile abandonado, de una solicitacion absolutamente física. La mujer que walsa entrega al hombre, mas que su sonrisa, mas que su mirada, mas que su mano, le entrega todo su cuerpo. Es una car-

rera de voluptuosidad íntima en que, juntos pecho con pecho, y aliento con aliento, dan vueltas enlazados...» Cuanto se dice del wals, es, y con mayor razon, aplicable á la polka.

Balzac, cuyo nombre es una garantía para los más *desprevenidos*, dice, hablando del wals: «Ella sintió el placer excesivo que encuentra la mayor parte de las mujeres en esa presion en que parecen reconcentrados todos los placeres del amor...» Y Selgas afirma que el wals es un rapidísimo viaje alrededor de infinitos peligros para la inocencia, para el pudor y para la honestidad.

No es ménos incisivo el siguiente juicio que sobre los bailes modernos en general hace el Sr. Alcalá Galiano en las columnas de un periódico como *La Epoca*:

«En estos tiempos en que tanto se inventa, los hombres han inventado una màquina para hacer pacientes á los maridos, confiados á los padres, prudentes á los hermanos; una màquina para hacer que los hombres y las mujeres se entiendan, sin que se ofenda ni enfade esa vieja gruñona llamada moralidad (nosotros diríamos conciencia); una màquina para encubrir flaquezas y tejer enredos, para convertir el mundo en una balsa de aceite, para establecer la igualdad entre los hombres y entre los sexos la comunidad de personas,

y para introducir una paz octaviana entre los mortales. Esta màquina se llama baile.

Por último; otro autor contemporàneo, citado por el ilustrado y célebre Director de la *Revista Popular*, dice:

«El candor é inesperiencia de la juventud milagrosamente pueden salir ilesos de las contingencias de un baile. Bailando se empieza por adquirir desenvoltura, y se acaba por perder el pudor. El baile consigue que los movimientos del corazon sean tan volubles y maquinales como los de los pies, ó comunica à los sentimientos de la juventud el desórden y natural descoco de la danza. La gimnasia física del baile fatiga al cuerpo; la gimnasia moral sofoca el alma.»

Como si no fuera bastante corromper la juventud, se ha llegado hasta á corromper la pureza de los niños, lanzándolos á esos bailes modernos, especie de ejercicio gimnástico que desarrolla sus pasiones antes que la naturaleza les haga sentir sus incentivos. El periódico francés titulado *Modas verdaderas del Museo de familias*, en su número de Marzo del año de 1855, dice: «Hasta los niños se aficionan á bailar la polka, esa danza anatematizada ya por la facultad médica, que asegura produce efectos perniciosos en las mujeres,

haciéndolas contraer enfermedades frecuentemente incurables.»

Sant-Laurent, comentando este pasaje, añade: «Yo no soy médico, pero si añadiré que casi todas las jóvenes son nerviosas; que los bailes modernos excitan el sistema nervioso, y le hacen prevalecer mas y mas, causando horribles catástrofes. Las emociones demasiado fuertes, los accidentes de todas clases, ya tan difíciles de curar, se complican con las crísis nerviosas de los enfermos. Todo el cuidado de las madres debe dirigirse á calmar el sistema nervioso de sus hijas, en vez de sobreexcitarle con esas danzas en que se agitan por las emociones del placer.»

Un distinguido escritor contemporáneo (1) hace la siguiente descripcion de los bailes modernos:

«El teatro representa una sala iluminada profusamente y decorada con cuantos ornamentos de comodidad y de lujo han podido acumular en ella la vanidad y la molicie. La casa donde se celebra el sarao pertenece quizás á un ilustre y opulento magnate, que en cierto modo tiene derecho, cuando no deber, para ostentar aquella vistosa magnificencia; pero puede tambien pertenecer á

(1) TEJADO: *Guia del jóven cristiano.*

un intrigante perdulario, que aparenta riquezas para engañar á incautos; ó á un oscuro advenedizo, enriquecido, sin saberse como, de la noche á la mañana; ó á un modesto padre de familias, honrado, pero débil, á quien los caprichos de su mujer ó el importuno ruego de sus hijas hacen gastarse en saraos y banquetes todo lo que tiene y mucho más.

»Sea de esto lo que se quiera, nada importa de ello á los convidados á la fiesta, quienes, habiendo jurado fiel y perpétuo culto á todos los placeres y disipaciones, acuden á donde quiera que el goce los llama, sin meterse en mas averiguacion.

»Puede tambien la fiesta ser dada por un empresario público, que, á cambio de oro que espere, abra por su cuenta el templo de la corrupcion, y prepare en el tanto mayor número de exquisitas abominaciones, cuanto mayor sea su avaricia, seguro como está de lograr numeroso concurso de viciosos y necios de toda clase y condicion que acudan á su llamamiento.

»Tomemos asiento, y echemos el lente, pues va á comenzar la fiesta.

»Es ya cerca de media noche, hora en que en las casas de Dios se despierta para pedirle misericordia y tributarle alabanzas: hora en

que las familias morigeradas y cristianas se entregan à un sueño tranquilo, despues de un dia laborioso, para pasar á otro dia en que tampoco abandonarán la virtud ni el trabajo Pues esta misma es la hora en que comienza nuestro imaginado sarao

»Atencion, que la sala empieza à poblarse. Allí, como desterradas en un gabinete contiguo, estàn ya las ancianas madres de familia, colocadas en el punto y forma convenientes para no ver ni oir la manera con que sus hijas se exponen á perder la modestia, la honra y el alma.

«Por el medio de la sala, en los corredores y galerías, en los bosquetes y jardines pasean éstas libre y desembarazadamente, prendidas del brazo de galanes perfumados, que llevan la seduccion en los làbios y el hastio en el corazon. ¡Cuán artística y ricamente ataviadas aparecen las vagarosas beldades! ¡Qué desvergüenza tan inocente se pinta en sus rostros helados! ¡Qué impudor tan repugnante el de sus escotadas vestiduras.

»Jóvenes casadas y viudas en agraz compiten en descaro y coquetería con las más tiernas doncellas. Todas à un tiempo mismo como agitadas por un mágico impulso, se espian mutuamente, se devoran de envidia, y arden en vanidad: todas murmuran unas de

otras, y ¡plugiese à Dios que sus reciprocas injurias no tuviesen fundamento! Todas manejan con admirable habilidad el fácil talento de pasearse horas enteras hablando de frivolidades, que rara vez dejan de ser completamente necias, y que suelen ser con mas frecuencia corruptoras.

»A esta bizarra lidia de vicio y de sensatez nada tienen que oponer la prudencia de los maridos ni la tutela de los padres; pues éstos, bulliciosamente agrupados en espesos corrillos ó simétricamente repartidos alrededor de una mesa, ocupan el gabinete frontero al de las respetables mamás, ya urdiendo un complot contra el reposo de la pàtria, ya averiguando el modo de enriquecer su bolsa y manchar su conciencia en una especulacion donde la probidad es lo de menos, y el lucro es lo demas; ya, en fin, arriesgando toda una fortuna en la vuelta de un dado, en los azares de una sota ó en el giro de una ruleta.

»Suele suceder que, junto à estos mismos grupos, ó formando partes, se ven legisladores y gobernantes para quienes nada vale ni importa aquel triple espectáculo de conspiracion de estafa y de hurto que le ofrecen los danzantes políticos, los danzantes bolsistas, y los danzantes jugadores. Alli estan impasibles, divertidas, y hasta entusiasmadas quizás con

los progresos de la industria y de las artes, las propias autoridades que persiguen al insurrecto armado en la plaza, al raterillo vil en la calle, y en la taberna al baratero.

»Pero ¡silencio un instante...! Ya se oyen los preludios de la orquesta... Ya cruzan el vaporoso espacio de las salas emponzoñadas á los cadenciosos acordes de una música voluptuosa y muelle.

»Mirad, mirad, jóvenes cristianos. ¿Quien es esa niña, apenas adolescente, que, enlazada á aquel mancebo como la yedra al olmo hace saltar sus rizos sobre la desnuda espalda, y ondular las gasas de su vestido como la cola de una serpiente? ¿Es una furiosa bacante, resucitada de los panteones del antiguo paganismo, para mostrar á los cristianos toda la degradacion de que los libertó el sacrificio del Calvario? Y ese caballerito que la sirve de pareja, compitiendo con ella en la femenil apostura, en los delicados ornamentos, en la blandura de sus ondulaciones, ¿es un eunuco del Bajo Imperio, vestido de frac, ó un bailarin del teatro de la Grande Opera? ¿Quién es ella? ¿Quién es él? ¿Quiénes son ellos y ellas de las demas parejas?

»Son jóvenes cristianos, miembros de familias decentes, acaso ilustres, que en una reunion de *buena sociedad* estan bailando el

wals íntimo, la *schotish*, la *mazurka* y la *polka amazurkada*. Pero no: esto no es verdad, no puede serlo; los jóvenes verdaderamente cristianos, las familias verdaderamente decentes, y mucho menos las ilustres, no pagarian tan indecoroso tributo á los caprichos de la moda, ni sofocarian la voz del Evangelio, que les grita dentro de la conciencia, para sepultar en el lodo de esa inmunda danza hasta el último resto de sentido moral y de buen gusto.

»No: jóvenes cristianos y familias decentes no irian á esa espantosa féria de vicios y de vanidades, donde se pierde la salud, se malgasta el dinero, se desperdicia el tiempo, se embrutece el espíritu, se corrompe el corazon, se disipa el alma, se olvida á Jesucristo y se conquista el infierno.»

Así, ¡cuantas veces al volver de un baile se han encontrado desengaños y desgracias terribles! Entre muchos que pudiéramos citar, bastarán dos hechos ocurridos hace pocos años.

Una amiga nuestra, célebre escritora, lírica y dramática, la más celebrada y laureada en este siglo, fué convidada con una cuñada suya á un baile que se daba en una casa principal de Sevilla. La cuñada, ya engalanada para la fiesta, manifestó se sentía indis-

puesta, y la célebre poetisa, creyendo no poder faltar á la reunion, marchó con otras personas de su familia.

A las dos horas, y cuando mas engolfada estaba en la fiesta, recibió aviso de que fuera inmediatamente á su casa. Asi lo hizo; y al llegar se encontró con su cuñada muerta, vestida aún con el traje de baile. La infeliz se habia suicidado, y estaba rodeada del que escribe estas líneas y de otras personas que habian acudido à prestar los auxilios necesarios.

En una casa de las notables de Paris se dió un baile, al que fué convidado, entre otros muchos españoles distinguidos que formaban lo que alli se llamaba colonia española, un amigo nuestro, persona muy conocida por su posicion social y por sus trabajos literarios. Nuestro amigo concurrió con su señora é hijas tan elegantemente vestidas, que podian considerarse las reinas del baile

En los momentos de mayor alegria se desprende una chispa de una de las arañas que iluminaban el salon, cae en el vestido de gasa de una de las hijas de otro amigo; y con tal rapidez ardieron sus vestidos, que fueron inútiles todos los esfuerzos que instantàneamente quiso prestar la concurrencia. La pobre jóven fué abrasada y sobrevivió poco tiem-

po. Paris y Sevilla no han olvidado los sucesos que referimos.

«¿Donde están, exclama el piadoso y docto cardenal Bonald, arzobispo de Lyon; donde están al salir de esos bailes corruptores, el corazon y la imaginacion de aquella jóven, de aquella esposa, que hasta entonces habian conservado afecciones tan puras y sentimientos tan castos...? Un jóven que está en la edad de las luchas intestinas, ¿como podrá salir sano y salvo de esas pruebas tan peligrosas para su virtud? Lo voluptuosidad ha excitado por todos los poros sus peligrosas emociones, ha trastornado los corazones todos, y ya no se hallan mas que en una conducta desordenada esos goces que se encontraban ántes en la calma de los sentidos, en la paz interior, fruto de una vida arreglada por las practicas religiosas. No nos admiramos ya de que esos bailes nuevos hayan pasado de las grandes ciudades á las mas insignificantes poblaciones. El infierno no podia menos de propagar rapidamente ese principio generador de tantos desórdenes, esa nueva hoguera en que han tenido orígen tantos incendios, que han costado tantas lágrimas amargas y demasiado tardías. Debemos decirlo sin titubear: los padres de familia que no tienen valor para impedir en su casa y á los suyos los

abusos de que nos lamentamos, son infieles à su mision sobre la tierra, son cómplices en la corrupcion de las costumbres, corrupcion que no conoce límites, que destruye á nuestra juventud de un modo mas cruel que las epidemias que abren tantos sepulcros.»

Que los que concurran à los bailes pongan la mano en su corazon y nos digan con franqueza: ¿No ha sucedido inmediatamente al baile, un pesar, un dolor, una desgracia, un disgusto grave, ó una pérdida irreparable?

Los mismos que abren sus salones para tales danzas, sufren el castigo merecido, y no es menor el que recae sobre se soberbia; pues creyendo deslumbrar y recibir plácemes, los obsequiados y favorecidos en el baile, y mucho mas despues, murmuran; censuran y ridiculizan la fiesta y todos sus antecedentes.

No hay baile que no empiece con alegria y no acabe con disgusto ó tristeza.

¿Quereis convenceros de lo que son los bailes modernos? Pues bien: mirad à las mujeres que à ellos concurren antes del baile y despues del baile. Antes del baile deslumbran, y hasta seducen por la prestada belleza que la dan el artificio de sus afeites; despues del baile, pálidas y desgreñadas, inspiran compasion ó asco. Antes del baile necesitan estar rodeadas y asistidas por la modista, la peinadora y las

doncellas de *toilette;* despues del baile, la asistencia de que mas necesidad tienen es la del médico: antes del baile, llenas de alegria; despues del baile abismadas en tristeza, ó por lo menos en disgusto: antes del baile escogen con esmero las flores, las gasas, las perlas y piedras preciosas; contemplan con deleite la impresion fascinadora que producirán, despues del baile, todos esos objetos son muchas veces arrojados y pisoteados por un marido celoso ó ultrajado, ó por la mujer misma que se creyó desairada; antes del baile parecieron fáciles de pagar, y ni aún se ajustaron, los trajes ni los aderezos: despues del baile todo pareció caro: antes del baile no se pensó mas que en deslumbrar, y para nada se contó con lo que gastarse podia; y despues del baile fuó necesario pagar, y todo faltaba, hasta lo necesario para comer: antes del baile muchas mujeres parecian princesas, despues del baile eran mendigas.

Aún más escandalosos que los bailes modernos de salon son los bailes teatrales. No: no mancharemos las columnas de *La Cruz* con el nombre de un baile abominable que hace muchos años constituye las delicias de la gente. Nos referiremos á esas danzas teatrales que forman el todo ó parte de las funciones dramáticas, de las zarzuelas y panto-

mimas. En ellas aparecen bandadas de mujeres que á la ostentacion de todas sus formas, cubiertas solamente con delicadas telas, que las presentan con mayores incentivos, se unen movimientos y actitudes indecentes. Lo que no sería permitido en un gabinete particular de cualquier casa medio decente, es aplaudido y celebrado en plena y *escogida* sociedad, y el jóven, y el viejo, y la doncella honesta lo presencian con deleite y aplauden con furor. Es decir, que es indecoroso ver desnuda á una mujer en su propia casa, y es culto, y elegante, y digno de un pueblo que se llama civilizado ver cien mujeres desnudas, moviéndose y agitándose continuamente. Robad á la mujer el pudor, y habreis logrado prostituirla.

En comprobacion de esta verdad, citaré un hecho ocurrido en un baile de Burdeos cuando Ab-el-Kader visitó á aquella ciudad.

«Ab-el-Kader acababa de llegar á Burdeos, y el general de la division francesa, deseando obsequiar el célebre caudillo árabe, dispuso una brilante representacion teatral. Las bellas y elegantes señoras de Burdeos rivalizaron en lujo y cuando el Emir entró en el local estaba ya poblado de gente, brillando alrededor del Emir una triple guirnalda de mujeres, de diamantes y de flores. El Emir

se desvaneció por un momento, pero mostró su repugnancia al ver á todas las mujeres escotadas y en traje de baile. Ab el-Kader no pudo resistir à esta impresion repugnante, y dijo al general de la division francesa: «Como es que á las mujeres se las permite presentarse »asi en el centro de una civilizacion tan ce»lebrada? Yo, general, os aseguro por mi par»te, que ni puedo ni debo permanecer aquí, »y me retiro.»

»La retirada del Emir cambió la ópera en drama... Las mujeres cristianas no se avergonzaron de ver que un musulman sabe respetar mejor que ellas las santas leyes del pudor.» Asi lo afirmó en una Pastoral el arzobispo de Burdeos.

No son menos vituperables los bailes de máscaras, que la moda, mas que el respeto à la moral, ha relegado hoy á determinados círculos ó sociedades, sostenidas por horteras, chisperos, grisetas y modistas.

En efecto; nada mas impropio de cuantos llevan el nombre de cristianos, que la imitacion de las costumbres paganas; nada mas contrario á la moral que la reproduccion de aquellas escenas abominables que recuerdan los homenajes rendidos á las falsas divinidades. Las máscaras no son otra cosa que la continuacion de la costumbre que los paganos

tenian de enmascararse el dia 1.° del año y de recorrer las calles y plazas públicas, haciendo gestos y ademanes indecentes, y permitiendose toda clase de indecencias. En los homenajes á Venus, los hombres se vestian de mujeres, en los homenajes á Marte, las mujeres se vestian de hombres. Vénus y Marte eran las divinidades á quienes se consagraban estos obsequios. Vénus inspiraba todo sensualismo, y Marte toda barbarie. Aun cuando estas horribles diversiones no tuvieran origen tan nefando y circunstancias tan graves, son por si solas detestables, por el hecho de cambiar los sexos de traje; prohibicion consignada en el *Deuteronomio* (cap. XXII, vers. 5), como una abominacion ante Dios. El ocultar la faz no puede tener ni tiene otro objeto, como acredita la experiencia que hacer lo que el pudor y decoro del hombre y de la mujer no les permitirian si fueran conocidos. La màscara quita tantos grados de pudor cuantos da de libertinaje; la màscara es la supresion de todo sentido delicado.

Ya en el siglo v. encontramos un documento canónico que prohibe á los cristianos todas estas diversiones: el Concilio de Auserre (585) y un antiguo Pontifical impone á los cristianes que asisten á las màscaras tres años de penitencia.

Muchos Concilios y Sinodales españoles y extranjeros contienen la misma prohibicion.

Las leyes civiles de España prohibieron antes esa diversion; pero despues vinieron otros tiempos mas licenciosos, y las autoridades las toleran, no solo en Carnaval, sino hasta el Miércoles de Ceniza y primer domingo de Cuaresma.

La Iglesia, persuadida de las abominaciones que en las màscaras se cometen, ha excitado y convocado á los fieles à que mitiguen las iras del Señor, tan provocadas en tales dias, y en su consecuencia ha establecido el Jubileo de tres dias, con exposicion solemne del Santísimo Sacramento, como un medio de separar á los fieles de aquella abominacion y atraerlos à los ejercicios de piedad.

¿Quièn puede dudar que no solo los clérigos, sino todos los cristianos, deben abstenerse hasta de presenciar esas abominaciones?

La perturbacion del sentido comun, y hasta del sentimiento moral, han llegado hasta el extremo de inspirar la celebracion de bailes públicos, convocados por personas distinguidas, para subvenir con el producto de los billetes al socorro de los hospitales ú obras pias.

¡A qué estado ha llegado la caridad entre los poderosos, pue es necesario convidarles à un baile para que den un duro de limosna!

¡Un baile para socorro del que padece, es decir, los placeres en tumulto para aliviar el dolor y la desgracia! ¡La risa y el deleite como auxilio poderoso enfrente y al lado del dolor y de las lágrimas! La *filantropía* podrá cohonestar ese contrasentido: la caridad le rechaza; y por mucho que sea lo recaudado, se deshace como la sal en el agua; porque es màs fecundo el óbolo que se da por amor de Dios, que todos los donativos forzosos que se hacen ó por compromiso ó por el afan de divertirse.

Sin embargo, se llaman cristianos los que promueven tales medios de hacer bien, contra el principio moral: *Non sun facienda mala, ut veniant bona.*

Tejado, en su *Guia del jóven cristiano*, dice hablando de estas diversiones:

«¿Cómo haré yo, dice el espíritu de este siglo de las luces, para atraer de los rostros la vergüenza, y de los corazones el remordimiento?—Es muy sencillo; haré de la impudencia un ramo de comercio libre; la extenderé á todas las clases de la sociedad; la disfrazaré con el nombre de *honestos recreos*, de pasatiempos lícitos; la pondré en el primer capitulo del poderoso código de la moda; la identificaré con el progreso de la industria y de las artes; me atreveré hasta á explotarla

como medio de gobierno ó como recurso de beneficencia (1); la intercalaré en los protocolos de la diplomacia, y la haré apéndice obligado de la cortesana política; llamaré *buho siniestro*, ridículo Aristarco, al hombre de bien que intente mostrarme tal como el diablo me ha hecho; y me arreglaré, finalmente en todo y para todo de manera que se me tenga y venere como una muestra de cultas sociedades y de civilizacion adelantada.

«Esto se dijo para sus adentros el impudente sensualismo de la edad que atravesamos;

(1) Ahí están, si no, los bailes y funciones teatrales, dadas por empresas particulares y por los gobiernos mismos, á beneficio de personas necesitadas y de asilos públicos de caridad. Seria curiosa una estadística hecha para comparar el mezquino socorro que los *beneficiados* suelen obtener por este medio, con la suma de escándalos y perversiones de la moral pública y privada que se ostentan en muchas de las tales funciones *á beneficio*.

No: no es *caridad cristiana* la que se ejerce por medio de un deshonesto bailoteo, ni las lágrimas del desgraciado se mezclaran verdaderamente nunca con las lágrimas vertidas por una coqueta filantrópica en la representacion de un drama sentimental, ni mucho ménos con las indecentes bufonadas de una *piececita verde*. La *caridad cristiana*, que es la unica madre de la *beneficencia* y de la sana *filantropía*, tiene una alcurnia demasiado noble para que deba ser alimentada con el mezquino y degradante socorro que puedan ofrecerle los productos de la mundana vanidad y las contribuciones del vicio.

y para realizar su plan, nos dió, entre otros regalos de su especie, los bailes y conciertos, los teatros y paseos, los liceos y casinos: en resumen, las fiestas y regocijos que ogaño se estilan.»

Y, en efecto, no contento el espíritu de la barbárie moderna con la corrupcion de las clases acomodadas, quiso extenderla, y la extendió, á las clases necesitadas, y creó esas sociedades de bailes frecuentadas por horteras modistas y otros jóvenes menestrales.

El célebre y popular escritor D. Félix Sardá acaba de publicar un librito precioso, titulada *Las diversiones y la moral*, y hablando de esta clase de bailes, dice:

«Faltaba un medio de corrupcion *decente*, si se nos permite la aplicacion de este adjetivo á aquel sustantivo; un medio de corrupcion que borrase del rostro la modestia, del corazon el pudor, de la mirada el recato, de todo el conjunto femenino las preciosísimas cualidades que son el mejor adorno de la doncella cristiana, pero que hiciese esto sin mancillar el buen nombre de la seducida, sin turbar su conciencia con desgarradores remordimientos, sin avergonzar á la honesta madre, ántes llenándola de complacencia y maternal orgullo. Difícil parecia acertar con una invencion que reuniese tan opuestas y

al parecer contradictorias contradicciones. Sin embargo, acertóse con ella, y fué la *sala de baile*.

»A nadie que haya presenciado lo que es, así en ciudades populosas como en villas y pueblos de escaso vecindario, la sala de baile, se le ocultará lo fecundos que son en ocasiones de perversion tales establecimientos. El domingo es esperado con ansiedad por jóvenes y muchachas, no para entregarse en él á los deberes de la Religion, ó á los consuelos de la vida de familia, ó al descanso corporal. No. La sirviente que tiene salida, la pobre jornalera, el dependiente ú oficial, aguardan ansiosos el domingo únicamente... para bailar. Media semana gasta el corazon soñando las emociones del baile futuro, y otra media digeriendo las del último baile pasado. De suerte que el lúnes, que debiera ser dia en que, restauradas las fuerzas con el descanso de la fiesta, se sintiese el alma tambien como rejuvenecida y restaurada, el lúnes es dia triste para estas pobres criaturas, cuyas fuerzas físicas, cuya imaginacion, cuyos sentimientos, cuya inocencia, cuya paz interior han recibido el domingo por la tarde la más recia sacudida.

Da lástima é indignacion á la vez verlas allí entregadas, no á los placeres, sino á los

furores de la danza mas desatentada y vertiginosa, en medio de aquella atmósfera de concupiscencias que la juventud de estas clases poco remilgadas y escrupulosas se permite desahogar libremente en conversaciones, chistes y ademanes. Espanta considerar la impresion funesta que ha de causar en el corazon de estas hijas del pueblo, acostumbradas á la pobreza y desnudez de sus humildes viviendas y al aire fétido de sus mugrientos talleres, el dorado salon, la iluminacion radiante, la música sensual y voluptuosa, el halago pérfido de tantos elementos corrumpidos y corruptores, á una conjurados contra la paz y la inocencia de su alma. Miradlas salir de aquel antro de liviandades, recibiendo de sus galanes la última lisonja, ó tal vez la última provocacion; miradlas, palpitantes, rojas, mas aun de agitacion moral que de cansancio del cuerpo, embriagadas con el abrasador aliento de tantos incentivos, calenturientas con la fiebre devoradora de mil pasiones, sensualismo, vanidad celos que allí se han desatado como violento huracan. ¿Qué mucho que á tan extraordinarios sacudimientos ceda poco á poco todo el edificio de la educacion tan trabajosamente levantado, ceda la piedad, cedan los sentimientos de modestia y de pudor cristiano, ceda el amor á los padres, ceda el

amor al trabajo, no quedando á la postre, en medio de tantas ruinas, mas que un corazon devorado por insensatas ilusiones, ó yermo y desolado por el desencanto y el hastío de la vida, y por el horror á los severos lazos y dolorosos sacrificios del estado conyugal? Porque ¿de donde pensais salen las madres frívolas y despreocupadas, sino de las niñas desenvueltas y libertinas? ¿De dónde las esposas indiferentes para con sus maridos, sino de las muchachas á quienes han balanceado en sus brazos todos los calaveras de la vecindad?

«Y una observancia haremos aquí, aunque no sea más que de pasada. La disculpa de muchas jóvenes y de casi todas las madres para justificar la asistencia á tales lugares es, dicen, la necesidad de hacerse con un marido. Poco favor se hacen á si propias y á sus futuros las que asi se expresan. De esta suerte vienen á convertir la sala de bailes en mercado ó exposicion permanente de géneros que sin este recurso se sospecha no tendrian pronta ó ventajosa salida, y se hace á los pretendientes la injuria de suponerlos tan poco cautos, que para decidir negocio de tanta monta como el matrimonio lo fian todo á las impresiones fugitivas y superficiales de tan engañoso aparador.

»¡Huid, huid, de la sala de baile, pobres

hijas del pueblo, como huiriais de la boca de una cueva en que viéseis asomar fascinadora serpiente! No os dejeis seducír por aquella música halagadora; tras aquellas suaves armonias que tan hondamente os conmueven y tan dulcemente os arrullan, oireis resonar en el fondo de vuestra alma el grito desgarrador del remordimiento por la inocencia perdida, ó cuando menos ajada y tempranamente marchita. Tras aquel vèrtigo de emociones esperimentareis el doloroso vacio del corazon: ¿no es ese el resultado que os han dejado casi siempre los goces mas embriagadores? Mil veces lo habeis dicho: ¡nada mas triste que la mañana que sucede à una agitada noche de baile! ¡Ah! Es verdad, es la tristeza de la ilusion desvanecida, de la paz robada; es la postracion moral que deja siempre tras si el desórden de los placeres; es la voz de la conciencia que protesta implacable contra vuestros extravios. ¡Y quiera Dios se deje oir incesantemente esta salvadora voz, por mas que parezca importuna! Líbreos Dios del estado infeliz del alma que, embotada ya toda sensibilidad moral, gastado el paladar, por decirlo asi, á la fuerza de violentas sensaciones, bebe como agua lo mas corrosivo de la iniquidad.»

A todas estas verdaderas corrupciones, que

el espíritu del siglo llama civilizacion, progreso, buen tono, buena sociedad, hay que añadir la asociacion sacrílega de sentimientos encontrados, de principios que se rechazan.

Eso y no otra cosa es dividir el tiempo, consagrando á Dios la mañana, en que no hay diversiones (ya se inventarán), y las noches al demonio. Eso y no otra cosa es lo que hacen cierta clase de personas que lo mismo se las encuentran en las comuniones generales, en las asocsaciones de caridad, escuelas dominicales; etc., etc., que en esos bailes y danzas abominables. Sirva de aviso á espíritus tan perturbados la siguiente inimitable exhortacion que les dirige el Sr. Sardà en su citado opúscolo:

«Católicos y católicas que pasais la mañana en casa de Dios y la noche en el espectàculo inmoral ó en el baile poco honesto; que guardais un lugar en vuestra librería para la santa Biblia y de la *Imitacion de Cristo*, y otro para la última novela de Dumas ó de Paul ó de Kock; que teneis en vuestro gabinete la Purísima Concepcion de Murillo y el Crucifijo de Velazquez, y al frente de ellos quizás las desnudeces y obscenidades de la mitología pagana ó del drama moderno; que guardais en vuestro guardaropa trajes severos y graves con que os presentais en Cuaresma

Horas y funerales, y trajes libres, alegres y ligeros para descubrir vuestro cuerpo, no para cubrirlo modestamente, en el baile y en el teatro; católicos y católicas que así vivís y así pasais alegremente la vida, y así os burlais de la severidad en las ideas, que llamais intransigencia, como de la severidad en las costumbres, que llamais beatería: católicos y católicas que teneis un duro para la bandeja de la beneficencia, y un duro (ó una onza quizàs) para el beneficio de la bailarina, y os entusiasma en el periódico *bilingüe*, un dia el elogio de Pio IX y el tributo de admiracion à su heróica entereza, y otro dia el artículo en que se os recomienda la moderacion y hasta la amistad con sus perseguidores, y el reconocimiento de su inícuo despojo...

Católicos y católicas que perteneceis á esa generacion anfibia, epicena, indefinida é indefinible, pero á la cual el Vicario de Cristo y el instinto seguro del pueblo cristiano ha conocido siempre tan perfectamente...; decid, decid: ¿á cual de los dos ejércitos creeis pertenecer? ¿De cual de los dos reinos sois vasallos? ¿Bajo cual de las dos banderas sois soldados? ¿Sois de Jesucristo, ó de Satanàs?—De Jesucristo, me respondeis con cierta afectada serenidad no exenta de turbacion.

»Con que, os diré yo, ¿de Jesucristo es por

ventura esa tan abigarrada bandera? ¿De Jesucristo esa moral tan elàstica y tan complaciente? ¿De Jesucristo ese Evangelio tan blando y contemporalizador con todo desórden? Pues, permitidme la atrevida expresion: de otro Jesucristo serà, no del que nos ha enseñado siempre la Iglesia católica; no del que ha dicho: «Nadie puede servir á dos señores;» no del que ha dicho: «El que no està conmigo está contra mí;» no del que ha dicho: «¡Ay del mundo por causa de los escándalos!;» no del que ha dicho por boca de su Apóstol: «No querais conformaros con el siglo;» no del que ha dicho por boca del mismo: «No hay convenio posible entre la luz y las tinieblas, y entre Dios y Belial.» Si otro Cristo habeis hallado para vuestro uso particular, como parece habeis hallado nuevo símbolo, nuevo Evangelio, nueva moral, nuevos sacerdotes, buen provecho os haga. A bien que no habeis de tardar en salir de dudas, los que las tengais por desgracia vuestra.»

Contraste singular con las danzas modernas formaban en Madrid mismo hasta hace poco tiempo los bailes públicos que se celebraban todos los dias de fiesta en las afueras de las puertas de Toledo, S. Vicente y Santa Bárbara, y en los que tomaban parte soldados y artesanos trabajadores, criadas de servir y

otras mujeres trabajadoras, sin que entre ellas se viera nunca una mujer de mala reputacion.

En esos bailes al aire libre, y al son de un tambor y una dulzaina, se mueven numerosos círculos de personas de ambos sexos, ejecutando los bailes nacionales de su pais. Nosotros hemos visto esas danzas y nos hemos regocijado al contemplar la alegria sencilla de aquellas gentes, que, aunque á cien leguas de su pàtria, la música y la danza sencilla influye tan agradablemente en su imaginacion, que parece se consideran en su misma tierra. La sencillez, el decoro y la mas pura alegria son la base de sus sentimientos, levantando y bajando los brazos, haciendo castañetear los dedos, y sin que jamás se permitan estrecharse la mano. Con los ojos fijos en el suelo, con semblante en que la alegria esta asociada al candor mas puro, se ven á esas gentes á quienes el mundo llama sin educacion, observar las leyes mas rígidas del decoro y de la decencia; pero es porque alli preside unicamente una autoridad superior à todas; la autoridad que previene, no solo los delitos, sino las mas ligeras faltas; una autoridad que falta en muchos salones y en los teatros: la vergüenza, que es la gran maestra y el gran director de toda educacion.

No son, pues, los bailes actos reprobados

por la moral, cuando, ejecutándose con modestia y sencillez cristianas, se reducen á reuniones de personas de diferente sexo que ejecutan à distancia conveniente con pies y manos movimientos expresivos de una santa é inocente alegria, producida por un acontecimiento patriótico ó familiar que nos enciende en entusiasmo ó nos hace perder el natural reposo de la indiferencia ó de la habitual tranquilidad, ó convierte el temor en esperanza la tristeza en alegria, ó nos colma de satisfaccion porque vemos realizado un deseo legítimo y santo.

Sean los bailes honestas recreaciones, no fomento de la pasion ó alardes del orgullo ó de otros fines reprobados.

Sean los bailes modestos, sencillos, poco frecuentes, y en que siempre dominen el pudor y la decencia, y acaben para siempre esas danzas modernas, en las que se pierde siempre el dinero, la salud, el honor, y, lo que vale mas, la paz del alma.

LEON CARBONERO Y SOL.

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL EXCMO. SEÑOR

Don Cándido Nocedal

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

Contestando al de entrada de D. Pedro Antonio de Alarcon.

SANTIAGO:
Imprenta de José M.ª Paredes,
Virgen de la Cerca 12.

1877